

LA MARIPOSA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIEDADES

LA NATURALEZA.

Oh nature ! oh sublime et séduisante déesse !
Que tes traits sont divers, tu fais naître dans moi,
Ou les plus doux transports, ou le plus saint effroi.

DELILLE.



VERDAD es que solo conocemos los tiempos pasados por las tradiciones que llegan hasta nosotros; pero con nuestro

raciocinio, con constantes inducciones, muchas veces solemos traspasar el denso manto que el olvido ha arrojado sobre ellos.

Así por la marcha progresiva que la civilización ha seguido desde los tiempos à que nos podemos remontar, hasta los presentes, llegamos à inferir que la inteligencia humana ha ido sucesivamente desarrollándose y perfeccionando sus medios.

Debió existir una época en que ella lejos de ejercer el dominio que hoy ejerce sobre la naturaleza, era esta quien lo ejercía sobre ella.

Entonces cuando la naturaleza presentaba su faz tranquila, su hermosura y brillantez exaltaría el ánimo de los hombres; cuando al contrario se presentase agitada por las tempestades el terror se apoderaría de él, y en todo caso la materia era quien dominaba al espíritu.

Pero llegó otra época en que este familiarizándose con el espectáculo que diariamente se ofrecía à su vista, no bastaron las sensaciones que de él

recibía para hacerle permanecer en inacción; entonces reconcentrándose en sí mismo, empezó à hacer obrar los medios que poseía y que ignoraba.

Desde entonces empezó la inteligencia à desarrollarse vivamente; las ideas empezaron à suceder à los sentimientos. El hombre se relacionó doblemente con los objetos que le rodeaban; un continuo ecsàmen de cuanto hería sus sentidos, estableció esta doble relacion.

El espíritu empezó à reinar sobre la materia, y todo cuanto ecsistía en la naturaleza fué sometido à su servicio.

Este ecsàmen exterior, lo conduce al ecsàmen de los medios que ha empleado; se reconcentra en sí mismo, y reconoce otro mundo interior relacionado intimamente con el mundo material. La inteligencia humana salió de su infancia, para ejercer tareas mas estensas y sublimes.

La idea de la Divinidad à la que el mundo material le habia conducido, se avivó y llegó à perfeccionarse con el reconocimiento de sus propias facultades y con el ecsàmen de sus propias acciones.

Estas facultades se aplican à diversos objetos pero su primer ensayo, el punto de partida de su actividad està en la naturaleza. Casi todas nuestras ideas nos vienen de ella, y aun las de nuestro propio espíritu no las llegamos à adquirir sino despues que los objetos materiales nos advierten la ecsistencia de ese principio que sienta y que obra.

La naturaleza, gran teatro de las investigaciones científicas, muestra bien cuan limitada es nuestra inteligencia, y cuan impotentes sus esfuerzos fuera de esos límites que la mano de Dios le trazara. El espíritu del hombre ha pretendido llevar mas allá su ecsámen, y solo ha encontrado misterios.

Al contemplarse à sí mismo tan pequeño concibiendo la grandeza divina, y al contemplar en derredor la naturaleza que amenaza aniquilarlo por todas partes, obligándole à sostener con ella una lucha continua para no perder el dominio que ha logrado obtener, dà una prueba mas de su pequeñez y miseria cuando eleva sus quejas à la Divinidad.

Nuestra inteligencia limitada, no puede comprender los designios del infinito, y esas quejas solo deben ser juzgadas como una blasfemia.

La filosofía prohíbe el traspasar el límite de nuestras fuerzas; y el que lleva fuera de él sus investigaciones solo sigue un fastasma engañoso que toma por la verdad, y que se desliza veloz cuando cree alcanzarlo.

Entonces concluye temerariamente que la verdad no ecsiste, y que si Dios ecsistiera no nos habria puesto en medio de una naturaleza sujeta à las tempestades, y que produce monstruos que atacan nuestra ecsistencia.

Pero todo esto recuerda al hombre lo transitorio de esta vida, y la necesidad de pensar en otra mas duradera, en otra eterna que debe suceder à los goces mundanos. El criminal tiembla al ver, en su derredor manifestada la cólera divina; los remordimientos nacen en su ánimo, y es el primer infierno que sufre en espion de sus crímenes.

El justo al contrario, nada teme; pues vé aprocsimarse el fin de una

vida cuyos goces reputa accesorios porque deja entre los humanos un nombre que será apreciado è inmortal.

El poeta, como el filósofo, busca la verdad; pero la filosofía del poeta tiene otro carácter distinto. La verdad que procura hacer triunfar, y difundir en sus lectores, aun por sus mismas fabulas, es bien distinta de la que el hombre científico busca en la naturaleza, y en sí mismo. El uno procura escitar sentimientos, el otro propagar las ideas que ha obtenido de sus investigaciones. Si este interroga y analiza la naturaleza, aquel se vale de ella para conseguir su objeto.

La fuente de sus inspiraciones está en la naturaleza, y es ella quien obra sencillamente sobre el carácter de sus composiciones.

Los diferentes climas influyen distintamente, como bien se sabe, sobre los caracteres y sobre las costumbres y la literatura, la poesía, no son mas que, como lo ha dicho el Sr. Martínez de la Rosa, «un gran espejo en el que se refleja la sociedad,» es decir los caracteres y las costumbres que los unen.

El hombre industrial busca tambien la verdad, pero una verdad material y mas positiva si se quiere.

Asi como el filósofo observa la naturaleza, y clasifica sus objetos y fenomenos; asi como el poeta imita en su imaginacion la hermosura ù horror de esos fenomenos para persuadir agradando, del mismo modo el hombre industrial lleva su fuerza física à la naturaleza, y por cierto los resultados que consigue no son ménos provechosos; porque esa fuerza física está dirigida por el raciocinio y la esperiencia, y al mismo tiempo que los órganos se ponen en acción, obra tambien la inteligencia.

Hoy la industria ha llegado à tal punto, que sus resultados, se aprocsiman lo mas posible à las magnificas obras que el Creador há esparcido en la naturaleza.

Dios ha hecho al hombre à su imàjen y aun le ha dado los medios de asemejarse en sus mismas creaciones—; Y ecsisten hombres que en vez de emplear sus medios en estas obras sublimes, en llenar su mision sobre la tierra, los ocupan en hacer mal à sus semejantes!

El filósofo, el poeta, y el hombre industrial, ejercen pues por su inteligencia, un grandioso dominio en la naturaleza; y esa creacion sublime influye poderosamente en sus acciones.

G. P.

CANTO

DE LA PROSTITUTA.

Jazmines blancos y púrpuras rosas
Adornen hoy mi peregrina sien;
Baje el cabello destrenzado al seno
Que, mal velado palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras
Como agitadas por intenso ardor,
Y en torno al pecho, do la frente pose,
Incienso arden de embriagante olor.

Venid doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles que bendijo Dios,
Venid: testigos de su dicha quiere
La vil ramera que os inspira horror.

Venid, Arturo el de los labios rojos
De las palabras con sabor de miel,
El prometido de la hermosa Elvira
Que mil de veces la juró ser fiel.

Hoy en mis brazos buscará el delirio
Que no consigue vuestro amor causar,
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

Tambien Eduardo, de Lucía esposa,
En mis halagos buscará el placer,
Y reclinado en mis desnudos hombros,
Verá las horas, sin afán, correr.

¡ Con cuanto gozo beberé su aliento
Para templar esta insaciable sed,
Que los desprecios de la amante esposa
En mi alma hicieron por su mal, nacer!

Ella; la vana! qué al pasar volvía
Para no verme la encendida faz;
Cual si temiera que mi vista ardiente
Le arrebatara su envidiable paz:

Y recogía los flotantes pliegues
De su vestido, como el cielo azul,
Porque la brisa, revolando inquieta
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba acaso que su dicha eterna,
Sería siempre como el mismo sol
Y un solo instante se abrigó en su seno,
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto que su ingrato esposo
Raudales de oro verterá à mis pies,
Y con guirnaldas ceñirá mi frente
Para besarla con ardor despues.

Sola, anegada en perdurable llanto
Ella los ojos tornará al señor,
Sustento pobre demandando en vano,
Para los frutos de su triste amor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,
Esposas fieles que bendijo Dios,
Venid: testigos de su dicha quiero
La vil ramera que os inspira horror.

ADOLFO BERRO.

LA SOTA DE ESPADAS.

(Continuacion.)

La condesa al distinguir el arma experimentó, por segunda vez, una viva emoción; su cabeza se movió con más fuerza, estendió sus manos como para apartar la pistola, y luego cayendo hacia atrás se quedó súbitamente inmóvil.

—Ea, cesad de obrar como una criatura, dijo Hermann tomándola la mano, por última vez os pregunto, ¿quereis darme esas tres cartas?

La condesa no respondió; Hermann notó que estaba muerta.

IV.

Lisabeta Ivanovna se hallaba sentada en su cuarto sumergida en una profunda meditación y vestida aun con su traje de baile. En cuanto entró en la casa se apresuró à despedir à la criada diciéndole que no necesitaba de nadie para desnudarse, y subió à su aposento temiendo hallar à Hermann y aun deseando no hallarle. A la primera ojeada se aseguró de su ausencia, y dió gracias à la casualidad que le hacía faltar à la cita. La joven se sentó pensativa, sin pensar en cambiar de traje y se puso à repasar en su memoria todos los pormenores de aquellas revelaciones principiadas tan poco tiempo hacia, y que sin embargo se hallaban ya tan adelantadas. Apenas había transcurrido tres semanas desde que vió por primera vez por la ventana al joven oficial, y ya le había concedido una cita nocturna. Lisabeta no sabía de él mas que su nombre; había recibido una porción de cartas, pero jamás la había dirigido

la palabra, por lo cual no conocía ni el metal de su voz. Sumergida en estas meditaciones y sentada como hemos dicho con los guantes quitados, desnuda de hombros, y la cabeza coronada de flores, sintió abrirse la puerta de repente y Hermann apareció.

—¿Donde estabais? le preguntó con voz trémula.

—En la alcoba de la condesa, respondió Hermann—acabo de dejarla y está muerta.

—¿Dios mío! ¿qué decis?

—Y temo, continuó, el haber sido causa de su muerte.

Lisabeta Ivanovna le miraba espantada; Hermann se sentó junto à la ventana y le contó todo lo sucedido.

La joven le escuchó horrorizada; de ese modo, aquellas cartas tan apasionadas, aquellas espresiones tan ardientes, aquella persecucion tan atrevida, tan obstinada, todo eso no había sido inspirado sino por el dinero! La pobre joven que no tenia otra cosa que ofrecerle mas que su corazón, ¿como podría hacerle feliz? ¡Pobre inocente! había sido el ciego instrumento de un ladrón, el asesino de su anciana bienhechora. Lisabeta lloraba amargamente en la agonía de su arrepentimiento, Hermann la miraba en silencio, pero ni las lágrimas de la infortunada, ni su belleza doblemente espresiva con el dolor, conmovieron un solo instante à aquel corazón empedernido; por otra parte, no experimentaba el menor remordimiento, y al pensar en la muerte de la condesa, una sola idea le atormentaba, que era la irreparable pérdida del secreto del que esperaba su fortuna.

—¿Sois un monstruo! exclamó Lisabeta despues de un largo rato de silencio.

—No he querido matarla, respon-

dió friamente, y la prueba es que mi pistola no estaba cargada.

Ambos permanecieron largo tiempo sin hablarse; el dia iba viniendo; Lisabeta apagó la luz, y al punto penetró en el cuarto una luz débil y blanquisca. La joven enjugó sus párpados empapados de lágrimas, y miró à Hermann que continuaba apoyado en el marco de la ventana, con los brazos cruzados y frunciendo las cejas.

—¿Cómo haremos para que salgais?—le dijo en fin la joven.—Estoy pensando en que podriais salir por la escalera falsa, pero sería menester atravesar el cuarto de la condesa y tengo miedo....

—Indicadme donde está la escalera y yo iré solo.

Lisabeta se levantó, buscó en una gabeta una llave y se la dió à Hermann con todas las indicaciones necesarias. Hermann tomó su mano helada besando à la joven en la frente, salió, bajó la escalerilla y entró en el cuarto de la condesa que permanecía sentada en su sillón; los rasgos de su fisonomía apenas se hallaban contrahidos. Hermann se detuvo un instante à contemplarla como para asegurarse de la terrible realidad, despues de lo cual entró en el gabinete negro y tanteando la tapicería descubrió una puertecilla que daba à una escalera, que conducía à otra puertecilla que abrió con su llave; entró en un corredor y bien luego se encontró en la calle.

V.

Tres dias despues de esa noche fatal, Hermann entraba à las nueve de la mañana en el convento de... donde debían celebrarse los funerales de

la condesa. Hermann aunque no tenía remordimientos no podía sin embargo disimularse que era el asesino de aquella pobre mujer. Como todos los que carecen de fé sumamente supersticioso, y persuadido de que la condesa muerta podía ejercer una influencia maligna sobre su vida, se había imaginado que apaciguaria sus manes asistiendo à sus funerales.

La iglesia estaba llena de jente y le costó mucho trabajo el encontrar en ella un sitio. El cuerpo estaba depositado en un rico catafalco de terciopelo; la condesa se hallaba de cuerpo presente con las manos cruzadas sobre el pecho, con un vestido de seda blanco y tocado de encajes. La familia se hallaba reunida enderredor del túmulo mortuorio y los criados enlutados con un nudo de cintas con las armas de la condesa en el brazo, tenían hachas en la mano; los parientes iban de luto riguroso, hijos, nietos, sobrinos, pero nadie lloraba; las lágrimas hubieran parecido *finjidas*, porque la condesa era ya tan vieja que su muerte no debía sorprender à na-

(Continuarè.)

EL AMOR A LA PATRIA.

Hay un sentimiento innato al hombre que parece haber sido puesto en su corazón por el mismo Dios. Tal es el amor à la Patria.

Este sentimiento sublime que nos conduce à las acciones mas heróicas pero que muchas veces nos estravià.

Por el Annibal precipitó à Cartago à su ruina; por el Bruto clavó un pu-

nal en el corazón de Cesar; por él Washington se lanzó al combate, y dió la libertad á la América del Norte. Y ningun sentimiento mas noble y justo que el amor á la Patria, aun cuando se lleve á la exajeracion, aun cuando dejenere en fanatismo.

Porque nada hai mas grande, mas digno de ser amado, que el país donde se ha nacido.

Porque en ese país que llamamos Patria, nacieron y viven tambien nuestros padres; en él tuvimos las primeras impresiones de la vida, el primer amor, el primer placer, el primer pesar, y quizá el primer triunfo; en el descanzan los restos de nuestros antepasados, y en una palabra en el se encierra el amor del individuo, de la familia y de la sociedad, todos nuestros recuerdos y nuestras esperanzas.

Asi pues nuestra vida, nuestras inteligencias, nuestra fortuna y nuestra gloria todo debe, ser para la Patria.

Y cuando se ha nacido en un pueblo libre, en que cada pulgada de tierra, está fecundizada por la sangre de un héroe; en que cada colina, cada arroyo, cada llanura, representa un combate y una victoria; en Montevideo por ejemplo, es imposible no envanecerse y no idolatrar su Patria.

Por eso los Orientales adoramos á nuestro Montevideo, y repetimos su nombre con orgullo.

F.

Recomendamos el comunicado de unos «devotos de San Luis» que aparece en nuestras columnas.

Creemos efectivamente que es un deber de todos los jóvenes, la asistencia á esas piadosas funciones con que se honra al Anjélico Protector de la

Juventud estudiosa; y no dudamos que todos contribuirán á solemnizarlas con su presencia.

COMUNICADO.

Sres. Editores de la *MARIPOSA*. Los infrascriptos suplican á Vdes. se dignen insertar en su apreciable periódico los renglones siguientes:

Hoy 18 de mayo, á las 9 de la mañana principiará en la Iglesia de la Caridad, la devota Seisena del Anjélico jóven y protector de la juventud estudiosa San Luis Gonzaga. Dirigirá este piadoso ejercicio el Padre Francisco Ramon Cabré. En cada uno de los domingos se puede ganar indulgencia plenaria, y estará patente el Smo. Sacramento.

Al comunicar este anuncio, no podemos dispensarnos de hacer una excitacion á la piedad de la Juventud escolástica de esta Capital, que pueda concurrir á un acto igualmente religioso y tierno. Religioso porque en él oyen los niños el modo práctico de ser buenos cristianos y estudiantes virtuosos, para que despues sean ciudadanos honrados, imitando las virtudes de un niño inocente, de un jóven anjélico, de un ciudadano gloria y honor de su Patria, el Piamonté, San Luis Gonzaga. Acto tierno, por los sencillos y gozosos cánticos, por las armonías de la música, en suma por el conjunto de objetos piadosos cuya impresion baña de alegría los semblantes y dilata el corazón de cuantos lo presencian.

Recomendamos por lo tanto, la asistencia á estos ejercicios, que encierran en sí principios tan favorables á las costumbres, y tan enlazados con la felicidad de los jóvenes.

SS. SS.

Unos devotos de San Luis.

¿Para que amar, si el mundo no comprende
Todo el ardor que encierra una pasión?

¿Para qué amar, si el fuego que se enciende
Ha de abrasar tan solo un corazón?

Yo idolatré una vez en mi existencia
Con un delirio inmenso, abrasador;
Y era mi amor tan lleno de inocencia
Como será el de un ánjel del Señor.

Mas mi pasión sublime de poeta
No halló otra igual en la alma que buscó;
Y vino el sepló de la brisa inquieta
Y ese amor cual la niebla disipó.

¿Qué tengo de él? solo un recuerdo hermoso,
Que vendrá el tiempo pronto á arrebatár;
¿Porque correr tras del amor ansioso,
Sino comprenden lo que vale amar?

F. FERREIRA.

Mayo 16 de 1851.

EL LADRON DISTRAIDO.

Dicen que los ladrones ingleses son sumamente diestros y audaces; pero tienen mejor crianza y gastan mas cumplimientos que los de los demas países. Cuando van á pedir á cualquiera la bolsa ó la vida, empiezan por hacerle una gran cortesía, y nunca le echan la mano al reloj sin haberle dicho antes que perdone la libertad que se toma.

En la aventura siguiente, no nos parece que el ladron manifestó aquella sangre fria, aquel hábito de reflexionar en todo, que sobresale en los naturales de la Gran Bretaña.

Un caballero atravesaba un bosque

situado á lo largo del camino: atraído por las hermosas vistas que iba encontrando, no pudo resistir á la tentacion de hacer allí un pequeño alto, y sentarse á contemplar las maravillas de la naturaleza; pero en lugar de hacerlo, ó atender á la dulce armonia de las aves, el gentleman, que probablemente no tenia la imaginacion muy romántica, se quedó dormido como un pajarito. Cuando despertó vió delante de sí un individuo de catadura nada *fashionable*, y que tenia en la mano una pistola cuya boca le presentaba. Esta aparicion no le divirtió mucho; pero haciendo de tripas corazón, le preguntó con el mayor cuidado, «¿qué era lo que se le ofrecia.»—La bolsa, *if you please*. El viajero sacó la bolsa y se la entregó; pero viendo que no se iba, le dijo: «¿queria V. algo mas?»—El reloj, *if you please*. El paciente sacó su reloj, y se lo puso en la mano al ladron, quien le hizo un gran saludo, pero no se fué.—«Con que, ¿tenia V. otra cosa que mandarme?»—«El pañuelo, *if you please*.»—¿Qué duda tiene? con muchísimo gusto.»—Al instante sacó su pañuelo y se lo dió al ladron, que se lo metió en el bolsillo y se marchó por fin.

El gentleman se levantó, y reflexionando con la mayor oportunidad sobre lo malo que es echarse á dormir en los bosques, trató de salir de aquel; pero no habia andado diez pasos, cuando héte otra vez al ladron con su pistola preparada y siempre lleno de urbanidad. «¿Me ha quedado alguna cosa que sea del gusto de V.?» le dijo el gentleman.—«Sí, milord: he reflexionado que ese vestido está mas nuevo que el mío, y seria de parecer que trocásemos, *if you please*.»—«Soy de la misma opinion, y siento que no se nos haya ocurrido antes.»—Al punto

se quitó el vestido; el ladrón hizo otro tanto: cada cual se puso el del otro, y hecho el cambio desapareció el ladrón, y el robado echo à andar.

Cuando llegó al camino real se miró de piés à cabeza, y le pareció que podría muy bien suceder le tomasen por un ladrón. ¿Pero como hacerlo para proporcionarse otro vestido? Mientras hacia estas reflexiones, metió maquinalmente las manos en las faltriqueras, y se halló. . . ¿quién lo diría? . . . su bolsillo, su pañuelo, su reloj, y además un cartucho con 50 guineas.

Al mudarse de traje el ladrón, olvidó registrar sus bolsillos, y por este descuido se encontró el mismo robado.

VARIEDADES.

El hombre debe preferir siempre alguna cosa à su existencia, pues de lo contrario, ésta se le haría aborrecible. *Seume.*

LA ESPALIA.

FABULA.

Hambriento un avion cogió un mosquito, que indulto le pidió por ser chiquito y dar poco alimento;

pero enojado el otro à fuer de hambriento, no esperes (dijo) que tu voz me ablande: muere, porque eres chico y yo soy grande.

—No bien hizo la muerte el inhumano, còjela entre sus uñas un milano: temblando el avion jime y suplica, pero el milano adusto le replica:

—«No tienes que pensar que yo me ablande; muere, pues eres chico y yo soy grande.»

Vió el águila al milano entretenido en devorar al pájaro cogido,

y volando veloz le prende y mata por mas que ruega y de salvarse trata.

—«No es facil, murmuró, que yo me ablande; muere, pues eres chico y yo soy grande.»

Fué el águila à volar, pero la bala de un diestro cazador le quiebra el ala, y al revolcarse por el suelo herida,

—«¿por qué, gritó, me privas de la vida?»

—«Porque no hay, dijo el hombre, quien me (manda

muere, pues eres chico y yo soy grande.»

Nadie uso indigno de sus fuerzas haga.

ó sepa, si obra mal quo al fin se pago.

No murió el cazador, y sí, el mosquito

al parecer sin pizca de delito;

pero ninguno de su fin se asombre;

picó mil veces él àntes al hombre.

HARTZEMBUSCH.

LA FUERZA FISICA.

Un hombre grosero dió un punta-pié à Sócrates; diciéndole:—Toma, y véngate de esta injuria.—Bueno fuera, respondió el filosofo, que por que un jumento me diera un coz, le diese yo otro.

El romance es una epopeya personal, en la cual pide permiso el autor de representar al mundo à su manera. Se trata solamente de saber si él tiene una manera.

Goethe.

ADVERTENCIA.—Se reciben suscripciones y se venden números sueltos de la MARIPOSA en la redaccion calle del Sarandi número 71. A la misma casa pueden dirigirse los comunicados.

Imprenta Francesa.